

Ovidio

Cartas de las heroínas

Traducción, notas y epílogo

de Vicente Cristóbal

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1994
Cuarta edición: febrero de 2026

Diseño e ilustración de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, notas y epílogo: Vicente Cristóbal López, 1994, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-163-7
Depósito legal: M-20939-2025
Printed in Spain

*A todas las mujeres de mi familia.
Del pasado, del presente y del futuro.
Y a mis amigas.*

Nota a esta edición

El lector se encuentra ante una obra que tiene más de dos mil años de antigüedad y que, sin embargo, se lee todavía con pasmosa facilidad. Una obra que sigue suscitando empatía y ejerciendo una seducción poderosa en quienes a ella se asoman.

Las *Cartas de las heroínas* (conocidas también y simplemente como *Heroidas*), obra del poeta latino Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), constituyen una colección de veintiuna epístolas de amor. Su autor finge que fueron escritas por mujeres míticas (con cuatro salvedades: las de tres hombres del mito, Paris, Leandro y Aconcio, y la de una mujer histórica, Safo). Son cartas de amor, y de un amor precisamente desgraciado o incompleto, tal y como es costumbre que se nos muestren los amores literarios: amor con distancia, traición, olvido o inconvenientes externos ajenos a los dos enamorados, un amor que en no pocos rasgos preanuncia a menudo el de otras parejas de la literatura posterior como Tristán e Iseo, Calixto y Melibea o Romeo y Julieta.

Esta obra es una muestra excepcional en el mundo antiguo de análisis y ponderación del alma de la mujer. Hay en ella una meritoria indagación psicológica, asociada a la poesía y a la mitología en inextricable alianza. Su autor se revelaba aquí—creo—como gran conocedor de la psicología femenina, al que dentro de los márgenes de la Antigüedad solo Eurípides acaso, en ese campo concreto, podría hacer sombra. Seguramente su intención primera habría sido no más que de índole retórica, a saber: seguir anclado en la temática

amorosa, tónica del género poético de la elegía, como sus predecesores Catulo, Tibulo y Propertio, y como él mismo ya previamente lo había estado, pero incorporando ahora, con afán de novedad, un sesgo distintivo: el punto de vista femenino. Esta intención lo apartaba tajantemente de la acostumbrada manifestación subjetiva del propio poeta varón como amante y lo inducía a la adopción de la máscara del otro sexo, a aprender a expresarse como una mujer. Y lo que fue búsqueda retórica –con algún precedente en la tradición– tuvo como fruto un hallazgo y un logro admirable, un salir de sí y un encontrarse íntimamente con lo otro, es decir: con las mujeres, y comprenderlas mejor en su sentimentalidad y sus comportamientos. No solo fue un adentrarse en este ámbito de modo general, sino una exploración que atendía a la gran variedad de mujeres que el mito (y la realidad) le presentaba por lo que se refiere al carácter, a la edad y al rango social. Tuvo así Ovidio materia adecuada para lidiar contra la monotonía y buscar la variación. Y, en mi opinión, logró su objetivo.

El resultado puede definirse, sin duda, como una maravilla ética y estética. El ensalzamiento del amor por encima de todo, la mencionada atención a la voz de las mujeres y a la variedad de lo humano, la manifiesta oposición a la brutalidad de la guerra y a todo tipo de violencia (lo de «haz el amor y no la guerra» ya está dicho aquí paladinamente), el aprender a mirar la realidad con otros ojos, y al mismo tiempo la hermosa manera de expresar los contenidos míticos y sentimentales, todo ello hace de estas cartas una obra intemporal, valiosa donde las haya y que habría que preservar del olvido. Una obra plenamente clásica, como demuestran también las múltiples secuelas que tuvo en la posteridad.

Una sola advertencia previa a la lectura: estas cartas no solo son cartas, son también poesía en el original latino. Y el traductor lamenta no haber tenido en su día la paciencia, la inspiración y las facultades para traducir los dísticos elegíacos

latinos en dísticos elegíacos castellanos, operación de fidelidad formal que, aunque difícil y laboriosa, no es imposible. Sí que ha hecho al menos lo que ha estado en su mano para preservar en la prosa resultante los recursos poéticos usados por Ovidio al escribirlas; para lograr una prosa lo más poética posible.

Vicente Cristóbal

Valdilecha, 29 de septiembre de 2025

Cartas de las heroínas

Carta I

La primera de las *Heroidas*, la carta de Penélope a Ulises, es una selección de motivos eróticos sacados de la *Odisea*. Una Penélope que desconoce por completo el paradero de su esposo le escribe una carta de la que, como ella misma nos dice (vv. 59-62), entrega una copia a cada viajante que marcha de la isla, por si en alguna parte se encontrara con Ulises. En ella le manifiesta sus angustias, quejas, celos y esperanzas. Naturalmente, por una lógica búsqueda de la verosimilitud, alude sólo Penélope, de los acontecimientos narrados en la *Odisea*, a los que ocurren en Ítaca antes de llegar Ulises, es decir: aquellos que se narran en los primeros libros. De los que escapan al radio de información de la heroína el poeta se abstiene y sólo alude oscuramente a ellos convirtiéndolos en un temor o presagio; así los amores con Circe y Calipso están implícitos en una sospecha (vv. 75-76). La esposa cuenta cómo se ve acuciada por la multitud de los pretendientes y expone insistentemente su debilidad y la de sus escasos ayudantes frente a tal amenaza, recordando también al ausente los deberes de la paternidad. Las palabras de la heroína, que pretenden persuadir al destinatario (sobre su carácter de suasoria versificada ya ha escrito suficientemente Sabot), consiguen además una fina caracterización de quien las escribe. «Penélope es en Ovidio –dice con acierto Sabot– más sentimental, más refinada que la heroína homérica. Maneja las antítesis tan sutilmente como el huso... Ha frecuentado asiduamente las escuelas de los rétores y ha asimilado perfectamente sus enseñanzas, haciendo de ellas un uso excelente.» En líneas generales podemos decir que Ovidio ha potenciado y engrandecido el amor entre Penélope y Ulises que, aunque palmario en la *Odisea*, carecía sin embargo de un desarrollo adecuado; el poeta ha extraído del mito un tema que cuadraba a su gusto

personal, al de su época y su público y al género literario de la obra que escribía. He aquí, en suma, una «alejandrización» de la *Odisea*.

Referencias bibliográficas

A. R. Baca, «Ovid's claim to originality and Her. I», *Transactions and Proceedings of the Amer. Phil. Assoc.* 100 (1969), 1-10; V. A. Tracy, «Penelope and Medea in the Heroides», *Échos du Monde Class.* 16 (1972), 43-48; H. Jacobson, *Ovid's Heroides*, pp. 243-276; A. Ruiz de Elvira, *Mit. Clás.*, pp. 437-443; M. Mactoux, *Pénélope. Légende et mythe*, París 1975, p. 132; A. Sabot, *Ovide, poète de l'amour dans ses oeuvres de jeunesse*, París 1977, pp. 300-302; K. Sallmann, «Penelope oder die Anamorphose der Heroides Ovids», *Acta Antiqua Acad. Hung.* 30 (1982-84), 283-302; J. Henderson, «Becoming a heroine. Penelope's Ovid», *Liverpool Classical Monthly* 11 (1986), 7-10, 21-24, 37-40, 67-70, 82-85, 114-121; V. Cristóbal, «Ulises y la *Odisea* en la literatura latina», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1994, vol. II, pp. 481-514; S. Carbonelli, «L'indirizzo di Ulisse», *Bol. di Studi latini* 32, 1 (2002), 49-62, y A. Ragusa, «Eros coniugale ed eros servile nelle *Heroides* ovidiane: l'"amour" di Penelope, Laodamie, Briseide», *Pan* 21 (2003), 191-209.

Penélope a Ulises

Esta carta te la envía tu esposa Penélope a ti, Ulises, que tanto tardas. Pero no me escribas ninguna respuesta, ven tú en persona.

Troya yace abatida, odiada en verdad por las mujeres de los dánaos¹. Apenas Príamo² y Troya entera han podido compensar tanto esfuerzo. ¡Ojalá las encrespadas aguas hubieran sumergido al adúltero³ cuando navegaba con su flota rumbo a Lacedemonia! No me hubiera acostado yo, helada, en lecho sin compañía, no me quejaría en mi abandono del lento correr de los días, ni fatigaría mis manos de viuda el lienzo colgante, mientras intento engañar con él las horas largas de la noche⁴.

¿Cuándo no he temido yo peligros más graves que los auténticos? Cosa es el amor llena de temor angustioso. Imaginaba que los troyanos violentos iban a ir contra ti. Al oír el nombre de Héctor⁵, palidecía siempre. Y si alguien me contaba que Antíloco⁶ había sido derrotado por Héctor, Antíloco

1. Griegos. Nombre derivado del mítico Dánao, rey de Argos.

2. Rey de Troya.

3. Paris, raptor de Helena, casada con Menelao.

4. Es el famoso sudario de Laertes que Penélope tejía de día y destejía de noche para alargar su espera y engañar así a los pretendientes, pues había prometido elegir marido de entre ellos cuando terminara de tejerlo.

5. El hijo de Príamo, principal baluarte de los troyanos en la guerra, muerto postreramente por Aquiles.

6. Hijo de Néstor y amigo de Aquiles. Según la *Odisea* (IV 186-188), sin embargo, Antíloco no es muerto por Héctor, sino por Memnón; aunque dicha epopeya es la fuente básica para esta epístola, aparecen algunos detalles, como éste, contrarios al testimonio homérico, que, en opinión de Jacobson

era causa de mi temor. O si contaban que el hijo de Menecio⁷ había sucumbido, cubierto con engañosa armadura, lloraba porque el éxito no hubiera acompañado a sus engaños. Que Tlepólemo⁸ había entibiado con su sangre la lanza de Licia: la muerte de Tlepólemo renovaba entonces mi preocupación. En suma, siempre que alguien era degollado en el campamento aqueo, mi corazón de amante se ponía más frío que el hielo.

Pero la divinidad justa tuvo buen cuidado de mi casto amor. Troya se ha convertido en cenizas, escapando sano y salvo mi marido. Han regresado los caudillos argólicos. Humean los altares. El botín extranjero se pone a los pies de los dioses patrios. Las recién casadas llevan ofrendas de agradecimiento por haberse salvado sus maridos. Ellos celebran que los destinos de Troya hayan sido vencidos por los suyos. Los justos ancianos y las doncellas temblorosas se quedan extasiados. La esposa está pendiente de los labios del marido, que cuenta sus aventuras. Y más de uno en la sobremesa relata los fieros combates y pinta con un poco de vino⁹ todo el recinto de Pérgamo: «Por aquí pasaba el Símois¹⁰; ésta es la comarca del Sigeo¹¹; aquí se alzaba el palacio elevado del anciano Príamo¹²;

(*Ovid's Heroides*, Princeton 1974, p. 245), sólo pueden deberse al seguimiento de fuentes posthoméricas como la *Penélope* de Esquilo, la de Filocles, o una comedia de Teopompo, que no se nos han conservado.

7. El hijo de Menecio es Patroclo, el amigo de Aquiles que se revistió con las armas de éste y fue muerto por Héctor.

8. Hijo de Hércules y rey de Rodas, muerto en Troya por Sarpedón, que venía de Licia.

9. Muy ovidiana es esta imagen. También en el *Arte de amar* (II 125 ss.) el poeta nos presenta a Calipso oyendo la narración de Ulises sobre Troya. Pero lo que aquí es pintura con vino sobre la mesa en *Ars* es dibujo con una varita sobre la arena húmeda de la playa.

10. Uno de los ríos de Troya.

11. Cabo de la costa de la región troyana.

12. Estos versos ovidianos aparecen –según nos recuerda Highet, *La tradición clásica*, México 1978 (= Oxford 1949), pp. 321-322– utilizados cómicamente por Shakespeare en *La fierecilla domada*. Lucencio se presenta como profesor de latín y corteja a Bianca valiéndose de dicho disfraz, de modo que, en lugar de traducir correctamente el pasaje, le declara sus intenciones:

ahí acampaba el Eácida¹³; ahí Ulises; aquí Héctor destrozado espantó a los caballos en su galope»¹⁴. Pues todo se lo contó el anciano Néstor a tu hijo¹⁵, enviado a buscarte, y él me lo ha contado a mí. Le contó también el asesinato con espada de Reso y Dolón, y cómo al primero lo perdió su sueño y al segundo una emboscada¹⁶.

Te atreviste, oh tú, una y mil veces olvidado de los tuyos, a atacar con engaño nocturno el campamento de los tracios y a dar muerte a tantos hombres, con ayuda sólo de uno¹⁷. ¡Pero antes, bien precavido que eras y bien que pensabas en mí!

Incluso palpitaba de miedo mi pecho cuando me dijeron que entraste victorioso con los caballos ismarios¹⁸ por medio del batallón amigo.

Pero ¿de qué me sirve a mí que vuestros brazos hayan destruido Ilio y que lo que fue muralla sea suelo ahora, si permanezco igual que cuando Troya existía, y está lejos mi marido, del que he de verme privada sin saber hasta cuándo?

«Bianca: ¿En dónde nos habíamos quedado?

Lucencio: Aquí, señora:

Hac ibat Simois; hic est Sigeia tellus;

hic steterat Priami regia celsa senis.

Bianca: Traducid esas palabras.

Lucencio: *Hac ibat*, como ya os he dicho, *Simois*, yo soy Lucencio, *hic est*, hijo de Vicencio de Pisa, *Sigeia tellus*, disfrazado así para ganar vuestro amor; *hic steterat*, y ese Lucencio que os está importunando, *Priami*, es mi criado Tranio, *regia*, que ha tomado mi figura, *celsa senis*, para engañar cómodamente al viejo Pantalón».

13. Sobrenombre de Aquiles, nieto de Éaco.

14. Es decir, cuando una vez muerto, fue atado al carro de Aquiles y arrastrado en torno de las murallas de Troya.

15. Telémaco.

16. Alusión a la salida nocturna de Ulises y Diomedes contra el campamento de los tracios, aliados de Troya, según se cuenta en el libro X de la *Ilíada*. Dieron muerte al rey Reso, le robaron sus caballos y, de regreso, mataron insidiosamente al espía troyano Dolón.

17. A saber: de Diomedes.

18. Tracios: es decir, los del rey Reso. El Ísmaro es un monte de Tracia.

Pérgamo¹⁹ ha sido arruinada para otras; sólo para mí continúa en pie, aunque el vencedor, habitando su suelo, lo are con un buey apresado. Hay mieses ya donde se alzaba Troya, y la tierra que la hoz ha de rasurar brota exuberante, fertilizada con la sangre frigia. Los curvos arados rompen los huesos semisepultos de los guerreros; la maleza esconde las casas en ruinas.

Tú, sin embargo, a pesar de tu victoria, permaneces lejos y no me es dado saber cuál es la causa de tu retraso o en qué rincón, ¡oh más duro que el hierro!, te escondes.

60 Todo el que dirige su popa extranjera hacia estas costas se marcha de aquí no sin antes haberle hecho yo muchas preguntas sobre tu persona. Y se le entrega un papel, escrito con estos mis dedos, para que, a su vez, te lo entregue a ti, si te viera en algún lugar²⁰.

Hemos mandado emisarios a Pilos, la tierra de Neleo gobernada por el anciano Néstor; pero oscuras son las noticias que nos han traído de Pilos. Hemos mandado emisarios también a Esparta; pero también Esparta desconoce la verdad.

¿Qué tierras habitas o dónde te demoras lejos de nosotros? Mejor sería que las murallas de Febo²¹ se mantuvieran en pie todavía. ¡Ay!, me enfado yo misma, voluble, por haber deseado esto. Sabría así, al menos, dónde estabas luchando y

19. Pérgamo, Ilio, Troya son nombres distintos para una misma ciudad. Aunque propiamente hay alguna diferencia: Pérgamo es el nombre de la fortaleza de Troya; Ilio es el primer nombre de la ciudad, derivado del de su fundador, Ilo; y Troya es otro nombre alterno de la misma, derivado del de Tros, padre de Ilo, y epónimo simultáneamente de la comarca troyana o Tróade.

20. Ovidio se preocupa de la verosimilitud. Resultaría absurdo presentarnos a Penélope escribiendo una carta a Ulises si no sabía su paradero. El poeta lo explica: se habían hecho copias de la carta para darlas a los extranjeros que arribaban a Ítaca, por si casualmente en su viaje se encontraban con el destinatario.

21. Las murallas de Troya fueron construidas conjuntamente por Apolo y Neptuno, castigados por Júpiter, por un desacato a su autoridad, a servir a un mortal, el rey Laomedonte de Troya, en este caso.

temería tan sólo los combates, y mi queja se habría juntado a la de muchas otras.

No sé qué temer; aun así, lo temo todo, loca de mí, y un amplio campo se abre ante mis angustias. Todos los peligros del mar, todos los de la tierra, sospecho que son motivos de tu larga tardanza. Y mientras yo neciamente tengo este miedo, tú –con esa lujuria que os caracteriza²²– acaso seas cautivo de un amor extranjero²³. Quizá le cuentes también cuán ordinaria es tu esposa, que sólo sabe trabajar la lana. ¡Ojalá me equivoque y esta acusación se desvanezca en los aires ligeros! ¡Ojalá no sea tu deseo el de estar lejos, pudiendo regresar!

80

Mi padre Icarío²⁴ me insta a dejar el lecho de viuda e increpa constantemente mi prolongada tardanza. ¡Que siga increpándome, si quiere! Tuya soy, preciso es que se me llame tuya; yo, Penélope, siempre seré la esposa de Ulises. Él, sin embargo, se doblega al ver mi cariño hacia ti y al oír mis castas súplicas, y sabe frenar sus ímpetus.

Pretendientes de Duliquio y Samos, y los que crió la elevada Zacinto, muchedumbre lujuriosa, corren en mi busca y dan órdenes en tu palacio sin que nadie se lo impida²⁵. Destrozan mis entrañas y tus riquezas. ¿Para qué voy a hablarte de Pisandro, Pólibo, del cruel Medonte, de las avarientas manos de Eurímaco y Antínoo, y de otros más, a todos los cuales tú mismo, ausente para tu vergüenza, alimentas con los bienes que conseguiste derramando la propia sangre?

22. Se entiende: a los hombres.

23. Penélope –por un artificio del poeta– acierta en sus sospechas: Ulises había sido preso de los amores de Circe y Calipso.

24. Icarío, en efecto, hermano de Tindáreo (el esposo de Leda y padre putativo de Helena) e hijo de Periedes o Ébalo y descendiente de Lacedemón, el hijo de Júpiter, era el padre de Penélope.

25. Los pretendientes de Penélope procedían de las islas cercanas. Homero dice que eran cincuenta y dos los de Duliquio, veinticuatro los de Samos y veinte los de Zacinto, aparte de doce de la propia Ítaca (cf. *Od.* XVI 247-251).

El mendigo Iro y Melantio, encargado de apacentar tu ganado, ¡el colmo de la vergüenza!, se les unen para perdición tuya.

Sólo estamos tres personas incapaces: tu esposa sin fuerzas, el anciano Laertes²⁶ y Telémaco, un muchacho. A este último casi me lo han arrebatado hace poco con asechanzas, mientras preparaba su viaje a Pilos contra la voluntad de todos ellos²⁷. Pido que los dioses dispongan esto: que discutiendo los destinos según su orden, sea él quien cierre mis ojos y quien cierre los tuyos.

Con nosotros está también el boyero y la anciana nodriza, y en tercer lugar el fiel guardián de la maloliente pocilga²⁸.

Pero Laertes, puesto que es ya inútil para las armas, no puede mantener tu reino en medio de enemigos. A Telémaco le llegará una edad de más fuerza, con tal que siga con vida, ¡pero ahora sus años debían refugiarse en el amparo de su padre! Tampoco yo tengo fuerzas para expulsar del palacio a nuestros enemigos.

¡Apresúrate tú, puerto y altar de los tuyos! Tienes –¡y ojalá lo sigas teniendo!– un hijo en edad juvenil que debía ser instruido en las artes de su padre. Piensa en Laertes: está aplazando el último día de su destino para que, cuando llegues, le cierres los ojos. Por lo que a mí respecta, que cuando te marchaste era una muchacha, por muy pronto que vuelvas, me verás sin duda alguna... convertida en una anciana²⁹.

26. El padre de Ulises.

27. Según la *Odisea*, este intento de asesinato de Telémaco tiene lugar no cuando preparaba su viaje a Pilos, sino a su regreso (cf. versos finales del canto IV).

28. Se trata de Filetío, el boyero, Euriclea, la nodriza, que reconocerá más tarde a Ulises, y el porquerizo Eumelo.

29. En efecto, veinte años transcurrieron desde que Ulises se fue hasta que regresó a Ítaca. Penélope escribió verosímelmente esta carta (puesto que habla de «larga tardanza») poco antes del regreso del héroe.

Carta II

No se sabe con certeza la fuente usada por Ovidio para esta epístola. La leyenda no consta en Homero ni, según lo que conocemos, en los trágicos. Ciertos detalles, no obstante, han sido imitados del virgiliano episodio de Dido, como prueba Jacobson. Filis, muchacha de Tracia, acogió hospitalariamente a Demofonte, el hijo de Fedra y Teseo, y se enamoró de él; éste volvió a Atenas, pero prometiéndole regresar al cabo de un tiempo convenido; el día pactado para el regreso Filis hizo nueve veces el camino hasta la playa, pero, puesto que Demofonte no cumplió su promesa, desesperada, se ahorcó. En tales términos aproximadamente cuenta la leyenda el mitógrafo Higino (Fab. 59), aunque la noticia de su ahorcamiento no consta ahí sino en Servio *ad Buc.* V 10, quien habla también de la metamorfosis en almendro de la heroína y del regreso tardío de Demofonte. Ovidio recurre en otros lugares de su obra al nombre de Filis y a su desgracia amorosa (*Ars Am.* II 353-354, *Rem.* 591 ss.); omite, sin embargo, en las *Metamorfosis* el tratamiento de este mito, a pesar de la transformación que, según el mencionado testimonio de Servio, lo culminaba.

Referencias bibliográficas

G. Knaack, «Phyllis», en *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* (ed. W. H. Roscher), III.2, Leipzig 1902-1909, cols. 2494-2487; F. della Corte, «*Perfidus hospes*», en *Homages à M. Renard I* (colecc. Latomus 101), Bruselas 1969, 312-321; H. Jacobson, *Ovid's Heroides*, Princeton 1974, pp. 58-75.